

EL SEGUNDO PROCESO A SOCRATES

Excepto indiferencia, los más diversos estados de ánimo reflejábanse esa mañana en los rostros atenienses. No podía ser menos. Era demasiado conocido el nombre grabado en la tablilla acusatoria y fijada a la puerta del arcón Basileo.

Sin embargo, el imputado no podía despertar admiración ya que era más bien la contraparte del atildado Lisias con su bellida barba y magnífico hablar; o de Protágoras, el profesor de sabias lecciones y elevados honorarios, a quien Pericles encomendada la redacción de leyes para la ciudad de Thurios, al mismo que Eurípides escuchaba con provecho y de quien —según se afirma— nutrióse Tucídides en su modalidad expositiva; ni tan siquiera tenía el ademán solemne y la voz magnífica de Pródicos o del siciliano Gorgias.

No obstante, el nombre Sócrates dibujado en la cera tabular les traía al pronto no sólo recuerdos de su típica vestimenta y andares de pelícano; encarnaba además al ciudadano medio para quien la conversación en el simposio, en los baños, en el mercado, en la palestra o en los platanares del Iliso era el primer tema cotidiano. Sumábase a eso, una mirada estrábica perforando al interlocutor, que contribuía a poner en ridículo a muchos y divertir a los más.

¿De qué se le acusaba entonces al profesor-mendigo si al hablar hacía el mejor uso que el hombre puede dar a su cuerpo, como sostendría Aristóteles más tarde? De ahí también la desconfianza que infundía el bárbaro con su mutismo, pues para el ateniense, vivir era sinónimo de hablar; por eso divinizó al logos, atribuyéndole mágica potencia y la retórica lo-

gró someter la vida del pueblo en todos sus aspectos. Pero la palabra de Sócrates había conseguido provocar hondo rencor, no por la conducta de Alcibiades —su alumno dilecto— sino por ejercer nociva curatela sobre la juventud, según se razonaba en la demanda.

Quedaba pues en principio velado el móvil, pero a poco se materializó el resentimiento ante la acusación de Melito, a nombre de los poetas, Anito por los comerciantes y políticos y Licón por los oradores, en tan perfecta conjunción de odios que consiguieron apurar sus días.

Tal fué el precio que hubo de pagar al pretender aplicar a todos el “conócete a ti mismo” estampado en el dintel del templo délfico. Es que llegar a decir la verdad, requirió siempre un valor nada común y más cuando el escalpelo llega a palpar la vanagloria.

Debió escozar entonces cuando aludió a las reacciones pueriles de las masas, negándoles capacidad para comprender; tal como en la metáfora del tribunal infantil, que puesto a decidir entre el médico y el cocinero, daría a éste todos los sufragios, pues aquél quema y corta, hace sudar, pasar hambre y sed, mientras que el último los mima con deliciosos platos.

Claro está que ante la actitud asumida no podía Sócrates esperar absolución en su causa, que tuvo el desarrollo conocido. A su muerte, decretóse duelo general, entornando sus puertas, negocios y gimnasios. baños y academias y una estatua de bronce colocada en lugar frecuentado recordaba sus virtudes y el gobierno creyó borrar su falta condenando a muerte a Melito y desterrando a los demás culpables. Por su parte, sus discípulos lograron mantener vivo el enorme caudal de su saber.

Luego, tiempos llegaron en que las más diversas razas, las lenguas más complejas, viéronse y se escucharon en la Hélade. El borceguí nativo cedió el lugar de preeminencia a la sandalia sátrapa y más tarde aún, la cáliga romana dejó profunda huella en todo el territorio. Fué entonces, que sus dueños, como fieras saliendo de cubiles, destruyeron después

de Mantinea los más nobles productos de esas manos, aunque como la abeja, transportarían las legiones imperiales, el pólen helénico por todo el Occidente.

Varias centurias después, la era cristiana habría de contar el devenir de la polis, aún orgullosa de un pasado irretornable. Y en el constante rodar, alguien vuelve en mil ochocientos noventa y dos su pertinaz mirada y por cuarenta años (desde los veintidós) insiste ante los ministros de justicia griegos para que revean, nada menos que el proceso a Sócrates!

Su más sólido argumento era no haber reunido los votos necesarios en la primera elección, estimando por eso, que debía hacerse un nuevo estudio de la causa (el número de votos fué de doscientos ochenta y doscientos veinte). Y cuando el abogado Eupolemos consideraba ya sin eco su clamor, dirige en última instancia su llamado a Europa, esta vez con mejor éxito, ya que obtuvo en mil novecientos treinta y dos, que nueve grandes juristas (tres de Atenas, dos de París, dos de Roma, uno de Londres y uno de Munich) respondieran a su patética invocación.

Cincuenta y dos sesiones dedicó el nuevo jurado a revisarlo muy pacientemente, recurriendo al auxilio testimonial de las obras de Platón, Jenofonte, Aristófanes, Aristóteles, Diógenes Laercio y otras referencias menores. (La tablilla acusatoria la encontró Favorino —contemporáneo de Plutarco— en un archivo ateniense y se conserva todavía como uno de los testimonios más grandes de la historia).

Al término de las mismas y cuando más confiaba Eupolemos en el triunfo de su empeñosa apelación, el jurado determina que Sócrates debió ser condenado no a muerte, pero sí a tres meses y un día de prisión y ayuno pues su ironía llegó a significar un desacato a la nobleza del Tribunal.

¿Cómo habrá reaccionado entonces el abogado de ultranza? Quizá recordó el viejo principio de que la pura justicia —que era lo que él buscaba— no es caritativa y que la gran caridad —que hubiera rechazado para su defendido— nunca es justa. Su imaginación volandera habíale alejado de la rea-

lidad ambiente y sus ojos, vueltos permanentemente al ayer, sólo veían el gran enjuiciado y la arbitrariedad del fallo.

¿Creyó tal vez que su patria borraría toda mancha si lograba rectificarlo? Si esperaba eso, de nada sirvió tan prolongada espera pues hubo de asistir al derrumbe de toda su labor.

¿Qué otro móvil pudo haberlo conducido a su insistencia? ¿Deseo de notoriedad o deformación profesional? Puede que ni lo uno ni lo otro. En un tiempo de dimensiones galácticas habíase asomado al bien lejano ayer, no con el deseo morboso y anacrónico de regodearse con visiones inútiles, soterradas en el trasfondo de la historia. Eso, claro está, hubiera sido tarea ingloriosa, propia de quien malgasta el tiempo o disipa energías. Acá, el mirar retrospectivo encuentra estímulo en la lucha inmanente por el derecho; sólo así puede explicarse ese afán de arqueo histórico, bien alejado del procedimiento judicial que invocaba.

Pero no obstante lo aducido, cabe aún preguntar hasta qué punto podía el doctor Eupolemos aducir mayores argumentos. El testimonio alumnal traído al caso, es de un valor muy relativo pues a más no poderse establecer el límine entre Sócrates y Platón existe entre ambos evidentes fracturas.

No debe olvidarse tampoco, que el maestro de la Academia dice mucho por su cuenta y a veces utiliza el estrábico conversador como mero seudónimo a los efectos de combinar la mayeútica con su dialéctica y tan es así que pone en labios del ilustre condenado, cosas que debió ignorar, como la discusión con Antítenes que aparece en el "Teeteto" (1). En igual yerro incurre Jenofonte al atribuirle cierta conversación con Críbulos cronológicamente imposible y haciéndole interesar por temas que nunca le atrajeron.

Además, la ley, en la primera votación, concedía al reo el derecho a elegir una pena alternativa entre la prisión redi-

(1) Una anécdota refiere que habiendo oído Sócrates desde el Olimpo la lectura del "Lisis" interrumpió al lector con un juramento y añadiendo: "cómo miente sobre mí el jovencito".

mible con multa y el destierro voluntario. Claro que en el caso de Sócrates —acusado de asebia y prodosía— (2) hubiera significado aceptar su imputabilidad y aunque hace notar en su defensa la escasa mayoría de sufragios, tampoco se resigna a pedir clemencia. En cambio manifiesta el anhelo de ser alimentado en el Pritáneo el resto de sus días, colocándose así en el lugar de los bienhechores como Hipócrates, de los estadistas de mérito, de los olímpicos y de los generales victoriosos; merced heredable, como ocurrió con el nieto de Aristides o descendientes de los tiranicidas Harmodio y Aristogitón. Pero tal deseo debió colmar la paciencia del jurado y de ahí la enorme mayoría de sufragios en la segunda votación.

Debe recordarse también que Atenas era aficionada a las condenas enormes y patéticas, como las demás ciudades helénicas. Todo sentido de equidad y objetivismo en la medida de la pena, toda justa adecuación entre delito y sanción, condiciones exigibles en todo derecho penal, cualesquiera sean los principios que lo inspiran, se hallaba perturbado ante la idea que la polis se formaba de si misma. Cualquier delito, independientemente de su valor, era considerado como amenaza para el Estado. Por eso, todos los procesos, propendían a degenerar en políticos y las sanciones, por lo mismo que la polis era o tenía que ser la religión de todos, adquiría el carácter de venganza ante la profanación de algo sagrado. Así se explica su extremada dureza.

Tras el fallo, pudo apreciarse mejor el desdén que sentía Sócrates por la vida, pues viósele aceptar el veredicto casi con agrado, ya que hizo gala de una serenidad desconcertante. ¿Pero qué hubiera ganado con seguir viviendo? Estaba ya en la tarde de su vida y la década o el quindenio que hubiera podido continuar enseñando sería menos precioso que el respeto a la ley.

Además, su concepción ultraterrena era bien contradic-

(*) Asebia: falta de religiosidad;
Prodosía: traición a los intereses del Estado o crimen de lesa patria.

toria, ya que unas veces se la configuraba como un dormir sin ensueños, una privación de todo sentimiento y considerando un bien tal estado de crisálida. Otras, en cambio, la estimaba sólo como un tránsito a donde podría seguir interrogando y poniendo en evidencia a los supuestos sabios.

Por otra parte, la desconcertante actitud socrática no debe interpretarse —en nuestro sentir— como extremada severidad personal en el sentido freudiano. Una eticidad desmesurada sea quizá la explicación aceptable, encausada por una norma axiológica de factura negativa. “Dime lo que para tí es valioso y te diré quien eres” dirá modernamente Spranger y para Sócrates era la Etica, demostrándolo al aceptar el veredicto sin rebeldía y en la actitud más que en las palabras. Contrapuesta a ella, la cicuta que le obligaron a beber, fué sólo una venganza contra su mayéutica (3).

Así, oponiéndose tercamente a ofrecimientos e insinuaciones de fuga, apuró la mortal pócima, horas antes del plazo establecido, al tiempo que la tarde se enfoscaba. Y esa noche, cuando el viento del Ciclateneo penetró por la estrecha ventana de su celda, su espíritu ya se había ido y estaba quizá en la fértil “Ptía” como le anticipara su ensueño de sólo tres días, repitiendo las palabras de Aquiles (Iliada, IX, 363). En esa forma, ante la congoja de los pocos circunstantes, terminían extraño vivir pues bien diría Gilbert Murray que nunca fué comprendido y puede que tampoco se entendiera a sí mismo, no obstante su insistencia en buscarse.

Y sin embargo, ahora, después de tantos siglos, a pesar de haber rechazado en su oportunidad los servicios profesionales del abogado Lisias, veíase defendido oficiosamente por el abogado Eupolemos y juzgado ante el Tribunal de la Historia, que también se negaba a perdonarlo.

(3) No se pretende aquí identificar la Etica griega con la cristiana cuya diferencia es bien notoria. Es verdad que Sócrates habló de “virtud” como la condición de mayor jerarquía pero debió referirse a la virtud ética, si aceptamos la clasificación aristotélica (para una comprensión moderna) y de claras raíces axiológicas.

De habersele citado nuevamente, acaso habría pedido —con su fina sonrisa de Sileno— en vez de ser alimentado en el Prítaneo, la torta de miel para Cerbero y el óbolo para el viaje que creyó sin retorno.

Lo que tal vez pudo haberle confortado, es no haber tenido que pasar por la tríplice experiencia de Platón para coincidir con sus últimas palabras de político, esto es que no debe tomarse demasiado en serio a los hombres. . .

LEOPOLDO KANNER

